



## SÁTIRA GRACIOSA

DE

# LA DAMA DE LOS QUINCE NOVIOS

*en que se manifiestan los dengues y zalamerías que gastan las señoritas doncellas cuando ven que tienen muchos novios y se mueren por sus pedazos.*

Una satirilla indiana  
con gracia quiero cantar;  
ella es buena, pero amarga,  
porque dice la verdad;  
verán, si la leen,  
todas las quimeras

de las señoritas  
doncellas solteras;  
verán como a todas  
con vanos antojos,  
tras de los usias  
se les van los ojos;

N. 10030

LIBRARY OF THE  
MUSEUM OF  
ART AND HISTORY  
NEW YORK  
1880

y verán las ansias  
de muchos camuesos  
que se vuelven locos;  
mas ¡cuántos hay de esos!

En esta corte, una dama  
bella y de garbo gentil,  
en un día quince novios  
la llegaron a pedir;  
el padre y la madre  
gozosos del caso,  
se van de canilla  
y alargan el paso;  
sábelo la hija,  
y la gran taimada,  
les envía a todos  
muy enhoramala.

El cuento es gracioso,  
la chanza precisa;  
atención, señores,  
que el caso es de risa :

— Un médico, dice el padre,  
por mujer quiere llevarte.

— Diga usted al matasanos  
que recete en otra parte;  
los médicos suelen,  
sin comedimiento,  
el pulso al bolsillo  
tomar con gran tiento;  
si ven que hay dinero  
alargan la cura,  
y al cabo nos zامpan  
a la sepultura;  
tanta ciencia tienen  
algunos menguados,  
que por su ignorancia  
mejor es dejarlos.

— Un herrero que es muy hábil  
se muere por tí, bien mío.

— Padre, ¿sabe usted qué es esto?  
Machacar en hierro frío;  
yo con esta cara,  
con este piquito,  
con este donaire,

con este garbito,  
¿de casarse había  
(¡necios, mentecatos!)  
con estos tiznones  
que parecen diablos?  
Ay, no, padre mío,  
que esto no resuelle,  
pues no nací yo  
por tirar del fuelle.

— Un sastre de largas uñas  
casarse gozoso espera.

— Como no sea conmigo  
que corte por donde quiera;  
los más son tramposos  
sisonos perdidos,  
y de los recortes  
van siempre vestidos;  
sus pobres mujeres,  
sin echar resuello,  
cosen y trabajan  
a remo y sin sueldo;  
y los picarones  
andan muy ufanos  
en bailes y toros,  
como son cristianos.

— Un zapatero de punto  
te pretende con recato.

— Pues no encontrará conmigo  
la horma de su zapato;  
el domingo afanan  
como unos atunes,  
y en gracia de Dios  
se engrescan los lunes;  
de continuo mienten,  
pero con cautelas;  
si una verdad dicen  
les duelen las muelas;  
dan a sus mujeres  
muy lindos reveses,  
y el cuadro las miden  
con los tirapieses.

— Hija, tras de tu palmito  
anda también un tendero.

— ¡Ay, padre, no echará él  
garbanzos en mi puchero;  
cargan a los pobres  
con mucha destreza,  
y ellos en dos días  
levantan cabeza;  
sus mujeres gastan,  
finas y arrogantes,  
sortijas muy ricas,  
cruces de brillantes;  
pero sus maridos  
andan imprudentes,  
y a ellas las tratan  
como a dependientes.

— Un petimetre barbero  
te pretende por esposa.

— Dígale usted que a otra parte  
vaya a pegar la ventosa;  
no quiero casarme  
con lobos carnívoros  
que a todos los hombres  
les desuellan vivos;  
si alguno está malo,  
porque se desangre  
le chupan la bolsa  
y sacan la sangre;  
las vihuelas tocan  
con manos bizarras,  
y así salen ellos  
muy buenos... guitarras.

— Un sacristán te idolatra,  
que canta como un rosín,  
de los muchos que en la corte  
gastan chupa y corbatín.

— Raspando las velas  
como unos herejes,  
a los pobres santos  
los dejan asperges;  
si hay responsos campan  
las mujeres suyas;  
mas si no los hay  
comen aleluyas;  
de las vinajeras

chupan sus mercedes,  
y unos lobos cogen  
que ni los monteses.

— Un bodegonero gordo  
pretende ser tu marido.

— ¡Ay que risal! ¿Pues en qué  
bodegón hemos comido?

En todas sus ollas,  
bien poco aseadas,  
se ve mucho caldo  
y pocas tajadas,  
y a más, por especias,  
cominos y ajos,  
dentro de las ollas  
andan estropajos;  
y hay bodegoneros  
que sin más bambollas,  
por no gastar agua  
se mean en las ollas.

— Un zurrador, hija mía,  
a ser tu esposo se allana.

— ¡Ay, padre, no quiero esposo  
que me zurre la badana!

y así no se cansen  
con novios tan llanos,  
porque yo detesto  
a los artesanos;  
pues a muchos de ellos  
los estoy yo viendo  
siempre trabajando  
y siempre pereciendo.

Un usía, padre,  
es mi fantasía;  
usía le quiero;  
démeme usted usía.

— Pues hija mía, un usía  
también me ha llegado a hablar.

— ¡Ay padre, usía le quiero  
aunque no tenga un real!  
todas sus mujeres,  
con airoso esmero,  
gastan mucha pompa  
haya o no dinero;

no hay gozo en el mundo  
como ver al marido  
con traje de moda  
y el vientre... vacío;  
a su mujer dejan  
divertirse en todo,  
y ellos van contentos  
a jugar al toro.

— Hija, pues ya que te empeñas,  
llamaré al usía yo.

— Sí, padre del alma,  
cuanto más pronto mejor.

Llamáronle al punto,  
y dijo el usía :

— A los pies de usted,  
madamita mía.

¿Cuándo pensé yo  
tener tal esposa?

— ¡Ay, señor usía,  
yo soy la dichosa!

— ¿Cuándo nos casamos,  
señorita mía?

— Cuando usted gustare,  
mi querido usía.

En fin, el usía pobre  
se casó sin embarazos,  
y a poco le entró la niña  
en la hermandad de San Marcos;

los primeros días  
hubo sin contiendas  
funciones, saraos,  
bromas y meriendas.

El maldito usía  
gran vida se daba,  
y a costa del dote  
gastaba y triunfaba;

pero en breve tiempo  
se acabó el socorro,  
y los tiernos novios  
andaban al morro.

— Maldita sea tu casta,  
decía la niña triste,  
si no puedes mantenerme,  
¿por qué diablos me pediste?

— Oyes picarona  
(responde el usía)  
valga el diablo tu alma,  
¿qué, no lo sabías?

Y pues ahora sales  
con esa demanda,  
aguárdate un poco,  
verán lo que anda.  
Sacúdela el polvo  
con mucho salero,  
y como un tomate  
la pone el trasero.

FIN

